

## LA AMBROSIA DE LAS SIRENAS

Según la rica y fascinante mitología greco-romana, el perfumado fruto de la cidra era la manzana de las sirenas. Este sagrado alimento les confería belleza y atracción sexual, volviéndolas irresistibles para los hombres que las oían cantar o las miraban. Odiseo o Ulises, astutamente, recomendaban a sus marinos taparse los oídos para no oír el fatal canto de las sirenas, durante su largo viaje tan lleno de peligros, según relata Homero.

Pero la mitología de la cidra (en italiano, cedro) no se inicia en la época griega. Comienza, cuando menos, en la época de los profetas y se convierte en un símbolo hebraico. Según las Escrituras, Dios ordenó a Moises: "Tomad los frutos del árbol más bello y las ramas de palma y del árbol más frondoso y ofreced homenaje al Señor Dios vuestro". El "árbol más bello" ha sido identificado como el cidro o cedro, llamado etrog por los hebreos. Así el cidro devino en uno de los árboles sagrados cuyos frutos aseguraban el amor y la eternidad. Por siglos, los hebreos han celebrado, cada octubre, la fiesta del "Sukkota"; en una de las ceremonias finales acostumbran llevar en la mano derecha una rama de palma junto con el mirto y en la izquierda un fruto del cidro.

En las sucesivas diásporas, los rabinos y en general los hebreos habrían llevado consigo la sagrada cidra y contribuyeron a su dispersión por Europa, en especial por Grecia y el Cercano Oriente. Se cree, así mismo, que los soldados de Alejandro Magno, a su regreso de los países conquistados trajeron semillas del cidro en el siglo III a.c. y lo cultivaron en la Grecia continental y en las islas. Más tarde el cidro arribó a Italia y se lo cultivó en las costas del Tirreno que, hasta ahora, tienen una alta producción del aromático fruto. El hecho histórico se consagró en el nombre de una hermosa ciudad de la Calabria, Santa María del Cedro.



Por siglos el fruto del cidro, parecido a un limón muy grande y de forma más cónica; gozó de la fama de propiciar el amor, la fertilidad, la longevidad y la atracción entre los seres de los dos sexos y contribuir a la armonía, al bienestar, a la paz.

Estimulara o no el amor, el emperador Tiberio, buen gastrónomo, se inclinó por su uso pues el grato aroma abre el apetito. El emperador pidió a su famoso cocinero Apicio que utilizara la cidra para aromatizar las comidas y ésta hizo su entrada triunfal en la mesa imperial. A distancia de siglos, Napoleón gozó de similares delicias.

Ya no vivimos la época de las sirenas mitológicas sino de las de carne y hueso, con esculturales piernas resaltadas por minifaldas, y otros artificios de belleza entre ellos los perfumes de la cidra. Así pues el fruto del cidro mitológico ha sobrevivido los siglos. Hoy la cidra es cotizada para la elaboración de perfumes y cosméticos. La tradición de Apicio tampoco ha muerto y la cidra sirve, junto con otras olorosas especias, para halagar los paladares más exigentes, en muy variadas comidas, desde ensaladas y sopas hasta las más delicadas carnes, sin omitir refrescos y bebidas.

A la cidra se le han reconocido no solo virtudes mágicas sino, desde la escuela médica Salernitana, importantes propiedades medicinales y su uso, en este campo, continúa. El botánico Linneo la bautizó con el nombre científico de Citrus medica. Y ha merecido un libro apolegético del escritor y poeta calabrés Franco Galiano, que va ya por la tercera edición.

El nombre italiano de cedro (pronunciado chedro), aplicado al árbol de la cidra, se presta a confusión con el verdadero cedro, que es el Cedrus libani, de la familia Pinácea, y cuya madera sirvió para construir el célebre templo de Salomón, cuyas ruinas aun se conservan en Jerusalén.